

VIENDO PASAR LA VIDA (M^a Josefa Moreno león)

La noche dio paso a un nuevo día en Sarnago.

La ventana se fue desperezando y, abriendo sus porticones, se dispuso a ver pasar la vida y a sus vecinos por su calle: hombres que iban a trabajar la tierra; niños y niñas que se dirigían a la escuela; hoy les tocaría aprender las tablas de multiplicar; sus cantarinas voces inundarían la plaza; mujeres que, con sus pesados barreños, se dirigían al lavadero; sus manos, curtidas por el trabajo y el frío, lavarían la ropa, entre noticias, chismes y buenas risas.

A la ventana, desde su privilegiada posición, le gustaba escuchar el acompasado tañido de las campanas, las alegres notas musicales que invitaban a la fiesta, acompañando a las Múndidas, al Mozo y su Ramo. Oía sonoras risas, llantos contenidos, tímidas palabras de amor, divertidas conversaciones, acaloradas discusiones...

Pasaron los años. La vida en Sarnago se fue silenciando. La ventana seguía esperando las rutinas que daban vida al pueblo, pero sólo veía pasar familias cargando maletas y sus vidas en un viaje de ida, buscando oportunidades, una vida por descubrir. Su calle fue quedando sin risas, sin voces, sin prisas, sin luces, sin música, sin olores, sin vida. La ventana se fue acostumbrando a las ausencias. Se convirtió en testigo silencioso del pasado. A pesar de los bellos atardeceres, la vida se volvió gris.

Una mañana, al abrir de nuevo sus destartalados porticones, oyó voces, voces alegres. Reconoció los ojos de aquellos niños que jugaron en su calle, ahora convertidos en adultos. Volvían con el pasado en sus hombros, cargando ilusiones, con el presente y el futuro en sus manos. Vio rostros con surcos, pero sus miradas tenían luz; echó en falta muchas caras pero... la vida volvía a Sarnago.

Quizás no era hora de desaparecer. Aún había esperanza.